



UNIVERSIDAD Y OVEJAS

Lorenzo Milani



hombres por lo que ya eran antes de aquel aciago día.

Un rentero se marcha porque encuentra una finca mejor. Ha trabajado diez, veinte, tal vez doscientos, trescientos años en esa tierra y, él y los suyos, han vivido con muchas estrecheces porque, durante todos esos años, han hecho vivir – y no sólo vivir, sino *estudiar* – al abuelo del amo y después al amo y después al señorito.

Estos han frecuentado todas las escuelas y han atiborrado de libros sus casas y, la mente, de enorme potencia dialéctica y práctica, sin nunca haber tenido necesidad de ganarse el pan, porque el pan lo ganaba Adolfo y sus niños. Adolfo, que ni siquiera ha hecho la primaria porque el señorito tiene pasión por las ovejas y no quiere que se vendan. Dice el señorito que las ovejas rinden mucho – tanto a él como al rentero (y es verdad) – y por ello no permite venderlas.

Así que Adolfo ha pasado su infancia con las ovejas y, ahora que es mayor y se dedica a la finca, manda a Adriano con las ovejas. Y Adriano ya tiene 10 años, pero es analfabeto como su padre, sólo porque no puede ir a la escuela por cuidar las ovejas que han de dar la lana, los corderos y el queso. Y después, se vende la lana, el queso y los corderos, y la mitad de Adolfo sólo

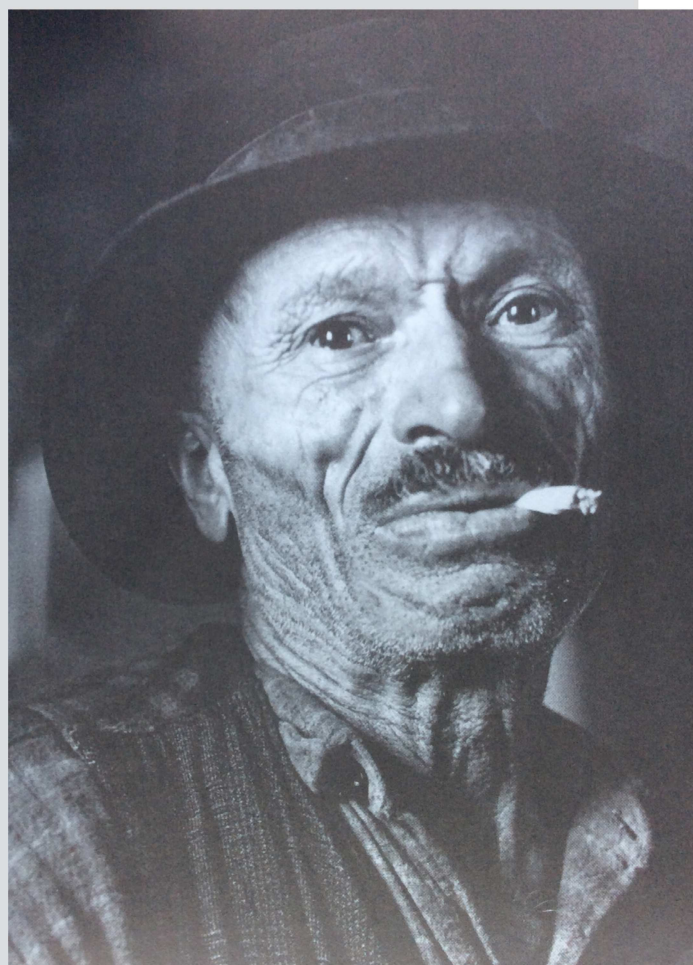
alcanza para ir tirando, mientras que la mitad del señorito – junto a las otras mitades de las otras fincas – alcanza bien para ir a clase hasta los 35 años y hacer de auxiliar universitario voluntario, es decir, sin sueldo, y vivir en los laboratorios y en las bibliotecas, allí donde el hombre se asemeja de verdad a aquél que le ha creado y no es más que mente y sabiduría.

Hace ya trescientos años justos que la familia secularmente analfabeta de Adolfo mantiene los estudios de la familia secularmente universitaria del señorito. En el archivo parroquial hay documentos enmohecidos y amarillentos que lo atestiguan.

De por sí, el hecho es ya tan trágico que no requiere comentario.

Ahora los hijos de Adolfo se han hartado de la luz de carburo

este delito, prométeme que se lo dirás a tus amigos del Archivo del Estado. Diles que lo anoten en algún folio, para que quede memoria. Si no, mañana, cuando todo nuestro mundo equivocado sea lavado en un inmenso baño de sangre y cuando pasado mañana los historiadores – horrorizados ante tamaño desastre devastador de tanto bien y tanto mal entremezclados – traten de describir sus orígenes y sus motivos, no lograrían leer hechos como el que te digo. Porque los analfabetos no vienen mencionados por la historia más que cuando asesinan a los letrados. Y eso sucede así precisamente porque son analfabetos y, antes de aquel día, no sabían escribir ni hacerse valer de otro modo, así que se ven condenados a no escribir más que con la punta de sus horcas, cuando ya es demasiado tarde para ser conocidos y honrados por los



El pastor de Barbiana en tiempos de Milani



y le han obligado a buscar una finca con agua y electricidad. Y hasta Adolfo se ha decidido a partir, por contentarlos y también por él, que está harto, hasta las cejas. Pero también sabe que irse de aquí arriba es un desgarró, aunque sólo sea por los trescientos años de emparentar un poco con todas las casas del entorno, aparte de que aquí ya conoce muchas otras cosas y personas útiles en su vida: intermediarios, compradores, vecinos, ladrones, gente honrada, expertos, inexpertos...

Cuando el señorito supo que Adolfo había encontrado otra finca mejor, le mintió por enésima vez con poner la electricidad. Pero Adolfo ya conoce al hombre y no ha vuelto a caer. Encima, guarda dentro tal carga de rencor que ya no vuelve al Sasso ni aunque le pongan una autopista. Así que, durante un año, la finca del Sasso se quedó en barbecho y, sólo por el gasto de un año en barbecho, ha costado tanto

cuanto habría costado meter la luz y el agua, reparar la casa y hacer algunas zanjas.

El señorito ha buscado desesperadamente a otro patán que viniese a pagarle los estudios a él, a su hijo y a sus nietos, otros trescientos años.

Y el patán desgraciadamente lo ha encontrado. Es un infeliz que, donde está, tiene hasta la luz, pero por una serie de circunstancias se ve obligado a separarse del hermano.

Sólo ha puesto una condición y es que, antes de enero, cuando llegue, esté puesta la luz.

Pues ahí le tienes al señorito prometiendo a este desconocido al que no debe nada, lo que le ha negado a Adolfo que, durante trescientos años, le apañó los estudios.

Esto ya es un insulto a la miseria y al sacrificio, mucho mayor que una bofetada y mucho más que una paliza. Pero si Adolfo le da una bofetada o una paliza al señorito, tú lo

metes en la cárcel, pero en cambio, cuando el señorito le hace esto a Adolfo, tú no ves ni sombra de delito. O hasta puede que el señorito sea un compañero tuyo de estudios; y que, tal vez, esta noche te lo encuentres en la asociación de San Vicente gastando generosamente los dineros del queso del Sasso, dineros del analfabetismo de Adolfo. O, a lo mejor, lo ves dando catequesis a los niños con la insignia de dirigente de Acción Católica.

Pues ahí le tienes al señorito dispuesto a convencer al nuevo rentero para que se venga. Y oculta que para quitar las chinches de aquella casa no han servido ni tres días de la camioneta municipal del gas; y le dijeron: “para quitar las chinches de esa casa, señor profesor, no hay más que quemarla y edificarla de nuevo”.

Pues le desenvaina un formulario de la empresa Valdarno para demostrarle que en cosa de días habrá luz en el Sasso.

El rentero nuevo es un poco más astuto que Adolfo, sabe leer algo y piensa: “Yo no me llamo Adolfo. Sé leer y a mí no me la pega”. Mira el papel y ve el membrete de la Selt-Valdarno etc, etc... Bueno, vale, parece que esta vez se ha decidido.

Vuelve a su monte y hace la mudanza. Deja familia, amigos, estropea sus pocos muebles con el traslado, gasta en el camión e interrumpe en enero la escuela de Pierino, en pleno curso escolar. En fin, no te hago la lista completa de lo que

pierde con el traslado. Está por medio hasta un medio noviazgo de su hija mayor, etc, etc. Hazme el favor de imaginarte una mudanza.

Sin necesidad de más ejemplos, tú mismo comprendes la cantidad de valores humanos que se pueden romper en la mudanza. Bastaría con ser eternos viajeros. No en vano el nomadismo es señal de civilizaciones ya desaparecidas y antiquísimas. Pero lo que ocurre hoy con los renteros es nomadismo puro, como el de los pastores de Asia, y comporta todo un bagaje de consecuencias deshumanizadoras.

¿Sabes lo que era aquel papel que el señorito profesor le enseñó al nuevo rentero?

Era uno de esos impresos para solicitar presupuesto que la Valdarno da gratis a quien se lo pide.

Ante tu ley el señorito

esta salvo.

Cuando llegue el presupuesto (si le llega) verá que los gastos son excesivos y no hará nada. Poco importa. Basta con que el Sasso no se quede sin labrar este año como el pasado.

Tú, Procurador de una República basada en el trabajo, no enviarás las fuerzas del orden para subsanar este extremo desorden. Déjalo. Peor para ti y para tu mundo, y el mío, y para el mundo del señorito.

Pero mañana, cuando los renteros empuñen los horcones y, junto a tanto mal, también hundan en sangre los grandes valores del bien – acumulados por las familias universitarias en sus mentes y especializaciones – acuérdate aquel día de no hacer injusticias en la valoración histórica de tales sucesos.

Acuérdate de no llorar por el daño a la Iglesia y a la ciencia, al pensamiento o

al arte, por la destrucción de tantas cabezas de pensadores, científicos, poetas y sacerdotes.

La cabeza de Marconi no vale ni un céntimo más que la cabeza de Adolfo, ante el único Juez al que nos hemos de presentar.

Si ese Juez grita aquel día: “Apartaos de mí, al fuego eterno”, por lo que Adolfo hizo con la punta de su horcón, ¿qué dirá de lo hecho por el señorito con la punta de su estilográfica?

Y si de dos asesinos quisiera absolver uno, ¿a cuál de los dos aplicará el agravante de la provocación? ¿A cuál de los dos, la atenuante de la extrema ignorancia? De una ignorancia ya tan grave como para no ser ni hombres. Y puede que tampoco sujetos de ninguna responsabilidad interior”.

M. Gesualdi (a cura di), *Lettere di don L. Milani priore di Barbiana* (LPB 60-65).

